



Andrés Ortega Klein  
EDITOR JEFE

## Salimos de la crisis: queda mucho por hacer

España está saliendo de una de las crisis económicas y sociales más graves de su historia reciente. Aunque la economía ya había empezado a desacelerarse antes, fue una crisis importada por la caída de Lehman Brothers en septiembre de 2008, y la posterior crisis de la deuda pública a partir de 2010. Encontró terreno abonado en una economía cuyo crecimiento se había basado en exceso en la construcción inmobiliaria y en un endeudamiento privado desbordado.

**E**spaña está saliendo de esta situación con ganas y brío, y con un cambio, aún insuficiente, de su modelo económico. Con inmensos sacrificios y esfuerzos por parte de sus ciudadanos y de sus empresas. Ha habido capacidad de respuesta. Desde 2010 se han emprendido reformas en profundidad, sobre todo en el terreno laboral y en un sector financiero profundamente transformado. Pero expertos, organismos internacionales y los propios empresarios coinciden: este país necesita muchas más reformas estructurales. Como dice la propia CEOE, la organización patronal, “sin reformas no habrá una recuperación sostenida ni sostenible”.

La economía vuelve a crecer a los mayores ritmos de la Eurozona (3%) y a crear empleo (600.000 en un año). Pero la bolsa de parados sigue siendo demasiado amplia (5,1 millones, o una tasa de 22%, de las más altas de Europa, según la Encuesta de Población Activa de octubre de 2015, la última antes de las elecciones).

Más aún entre los jóvenes, un millón de los cuales, como ha recordado el Círculo de Empresarios, no tiene suficiente formación. Según el FMI, en 2020, es decir, doce años después de que se iniciara la crisis, la tasa de paro estará aún en un 12%. Se necesitan soluciones urgentes y radicales para contrariar estos vaticinios. Y dichas soluciones tienen que venir de los Gobiernos, del central y de los autonómicos, pero también de la propia sociedad.

Muchas empresas, con valentía, han ido a buscar fuera los mercados que se habían cerrado dentro, impulsando así una necesaria internacionalización de nuestra economía que aún necesita salir mucho más. Las exportaciones, que habían crecido como respuesta y esfuerzo de tantos empresarios a la crisis, se mantienen; a pesar del enfriamiento de algunos mercados exteriores, especialmente los emergentes y, en particular, América Latina, de la mano de la desaceleración y del cambio de modelo de crecimiento de China, pues, en la globalización, todo nos afecta.

Abundan los emprendedores, en un país en el que grandes empresas como Google, Telefónica y Mercadona, han creado incubadoras o aceleradoras de *start-ups*. Marcas españolas como Zara, por citar solo una entre muchas, cuando hace años no había prácticamente ninguna, son ya globales. Algunos de nuestros grandes chefs son mundialmente conocidos. La ingeniería española llega ya a casi todas las partes del mundo. Y eso se ha logrado desde lo aprendido primero localmente, por lo que un mercado nacional dinámico sigue siendo importante. El sector turístico nunca ha estado tan bien, aunque no puede dormirse en los laureles, porque la globalización aporta grandes oportunidades de nuevos clientes, pero también de competidores. Pese a los problemas que persisten, se perciben ciertas ganas de optimismo en la sociedad. La confianza de los consumidores ha mejorado, la demanda interna crece tras años de declive, así como las inversiones empresariales. La imagen exterior de una España que estuvo al borde

del rescate en la Eurozona en 2010, con un Gobierno socialista, y en 2011 y 2012 con otro del Partido Popular, se ha recuperado. España no solo se ha alejado de la zona de peligro, sino que ha entrado en una fase de franca mejora. Se ha restaurado la competitividad de muchas empresas, en buena parte gracias a una nueva flexibilidad que ha llevado a la reducción de plantillas y de salarios, en vez de tener que cerrar empresas con un coste para el empleo. Pero para que este crecimiento se sostenga a los ritmos y con la calidad necesarios para recuperar los niveles anteriores a la crisis y mejorarlos, todos —partidos políticos, empresarios nacionales y extranjeros, e instituciones internacionales— coinciden en que son necesarias reformas mucho más avanzadas, aunque no todas las propuestas sean unánimes. El reto es mayúsculo. España necesita un proyecto y una estrategia de país que repose sobre una serie de sectores que renueven el modelo económico, social y político para adaptarlo a los nuevos tiempos, a los nuevos retos y a las nuevas necesidades. Estamos ante uno de esos momentos definitorios para España.

Y de eso se trata con esta iniciativa de Strategy Spain: de debatir, esencialmente entre expertos y empresarios, lo que hay que hacer en los próximos cinco o diez años. Es decir, una mirada que supere el habitual cortoplacismo. La hemos organizado en torno a doce líneas estratégicas, seleccionadas tras un cuidadoso proceso de deliberación. Faltan algunas, naturalmente, por ejemplo en materia laboral y de empleo, o de reformas de un Estado de bienestar que

hay que adaptar a las nuevas realidades sociales, a sus necesidades y a sus posibilidades; o de defensa del medio ambiente. Pero esto se suele debatir en otros ámbitos, y depende, en primer término, del crecimiento de la economía. Y estas líneas estratégicas están esencialmente dirigidas a potenciar ese crecimiento sobre bases sólidas.

Ante las elecciones que se celebraron el pasado 20 de diciembre hay una coincidencia general entre los empresarios consultados en lo que piden a la política: estabilidad, previsibilidad y *aggiornamento* de algunas instituciones, incluido el Estado de las Autonomías que, en cierto modo, ha atomizado el mercado nacional, así como el diálogo para encauzar el problema de Cataluña. Y ante la emergencia de nuevos partidos —algunos de los cuales han llegado seguramente para permanecer—, con una nueva configuración de fuerzas, serán necesarios pactos, incluso más amplios que los que puede proporcionar estabilidad a un Gobierno.

Casi todos los empresarios entrevistados para este proyecto —la mayoría de los cuales pertenece a esa generación de la nueva España que ha llegado a puestos de decisión, pues también estamos ante un relevo generacional, al que hay que añadir otro de género con el ascenso de mujeres directivas— piden diálogo y entendimiento para grandes pactos de Estado. Para empezar, en materia de Educación, a todos los niveles, para fomentar la empleabilidad con un acercamiento entre empresa y Formación Profesional y universidades. Un pacto de Estado es también

necesario en materia industrial, un sector que tiene que volver a ocupar el lugar que le corresponde en la economía nacional, y en cuestión de I+D, lo que no se ve facilitado por el hecho de que un 90% de las empresas españolas sean pymes. Aunque quizás su creciente internacionalización ayude a aumentar su tamaño. Los retos son enormes, y los medios limitados, pues en los próximos años, en consonancia con nuestra esencial pertenencia a una Eurozona, España ha de seguir controlando su déficit público, una deuda pública que se ha disparado hasta casi el 100% del PIB, y una privada que sigue siendo demasiado elevada. Hay terreno para luchar contra el fraude fiscal cuando se calcula que la economía sumergida puede representar un 20% del PIB. Pero no va a haber dinero público para grandes alegrías, ni en España ni en los países de nuestro entorno. La inversión en infraestructuras, aunque aumente, seguirá frenada.

Pero la voluntad y el dinamismo de esta sociedad están ahí. Hay que saber darles rienda suelta. Tenemos que seguir esforzándonos y debatiendo para conseguirlo. Y esperamos que las ideas que se aportan en este libro sirvan para alimentar este futuro. “Imagínese hasta qué punto será difícil el deseo propiamente creador, el que postula lo inexistente, el que anticipa lo que aún es irreal”, escribía Ortega y Gasset en su *Meditación de la técnica*. Pues eso, estamos en un momento de “deseo creador”. Gracias a todos los que están contribuyendo a él, desde este libro y fuera de él, y que coinciden en que hay mucho por hacer.